

LOST 7x03: Lo que quiso Ben

Carlos y Ana Belén

<http://proyectounfinaldignoparalost.blogspot.com/>

Fecha de Publicación: 6 de julio de 2010

Anteriormente en Lost

Un grupo de compañeros de trabajo naufragan en el mar. Se encuentran separados en dos grupos.

En el primer grupo Máriam se encuentra separada de Guillermo, su novio. Buscando comida Máriam conoce a Ben, un habitante de la isla. Máriam recibió de Ben una caja de comida para que la repartiera entre sus compañeros. Pero le pidió que no le comentara a nadie su existencia. Este grupo recibe el ataque de una extraña columna de humo negro. Hector y Pancho corren despavoridos a la playa mientras que Chus y Rubén corren en dirección contraria y encuentran el fuselaje de un avión

Por su parte el segundo grupo recibe el ataque de un oso blanco. Juan y Serdula quedan heridos y se dirigen corriendo a la playa. En este grupo un pequeño destacamento comandado por Zoe encuentra unas extrañas cuevas donde hay un par de esqueletos.

7x03: Lo que quiso Ben

Sandra, María E. y Máriam regresaron a la playa portando la caja de comida, ayudándose de unos troncos que hacían las veces de rodillos. Desplazaron la caja hasta llegar a la arena.

- ¡Chicos! ¡Traemos comida! — María E. gritó con júbilo a los compañeros que aguardaban en la playa. Todos se acercaron curiosos y bastante extrañados
- ¿De dónde ha salido esto? — preguntó Chema sorprendido
- Máriam lo encontró — apuntó Sandra mientras se sentaba a descansar
- ¿Dónde? — Toni también estaba intrigado
- Estaba cerca de un claro — Máriam improvisó mientras la gente inspeccionaba la comida, alegres a la vez que desconcertados
- ¿Y no viste a nadie? — preguntó Manolo
- No. Sólo la caja cerrada
- ¡Qué extraño! — dijo un desconfiado Pablo
- Parece la típica caja de víveres que lanzan desde los aviones — aclaró José Luis — Tal vez saben que estamos aquí, y nos han lanzado comida hasta que puedan venir a rescatarnos

- Eso me suena raro — apostilló Pilar — Quizás simplemente se trate de comida restante de una antigua colonia en la isla.
- Iniciativa Dharma... — leyó Mari Carmen en la caja — ¿Qué clase de ONG es ésta?
- Por de pronto, la que nos ha salvado la vida jeje — Gema estaba feliz por tener agua y comida
- ¡Qué bien! — exclamó Charly — ya me veía subiendo a los cocoteros y cazando mandriles para sobrevivir
- Buen trabajo chicas — Toni felicitó a las tres porteadoras, que sonrieron complacidas

El grupo se organizó para llevar la comida hasta la zona del campamento, mientras Máriam se quedó atrás para tomarse un momento. Aún intrigada, volvió la cabeza hacia el interior del bosque, pensando en aquel hombre misterioso que había conocido.

— o —

En otra parte de la isla, Rubén y Chus inspeccionaban los restos del avión que acababan de encontrar

- ¿Qué cojones hace eso ahí? — se preguntó Rubén mientras miraba la cabina del avión que estaba colgada de unos árboles
- Debió estrellarse hace bastante tiempo — apuntó Chus — mira el fuselaje, está todo oxidado.
- Hay que subir ahí, tenemos que verlo — Rubén estaba emocionado con el descubrimiento
- De eso nada majo — Chus no estaba por la labor — Tiene pinta de que vaya a caerse en cualquier momento

Rubén ignoró sus palabras y emprendió, decidido, la escalada a uno de los árboles, apoyándose en las grandes ramas que daban paso a la base.

- ¡Qué se va a caer! ... Lleva años ahí, y se va a caer ahora — el joven despreciaba la opinión de Chus — ¡Sube conmigo, copón! A lo mejor encontramos algo, una radio o algo que nos sirva
- Yo no subo, Rubén

— ¡Bah! Antes molabas Chus — el joven seguía trepando, buscando apoyos en las ramas y la dura corteza del árbol — Los de ciudad sois lo más inútil del mundo ¡joder!

Rubén avanzaba hacia la copa del árbol con cuidado de no resbalarse. Estaba tan concentrado en su tarea que no vio llegar a Chus. La joven trepó con gran agilidad y en seguida sobrepasó a Rubén. Molesta con sus palabras, le demostró que su poca disposición a subir no tenía que ver con sus habilidades físicas. Rubén quedó sorprendido y avergonzado por la rapidez y destreza con que trepaba su compañera. Intentó alcanzarla, pero ella llegó primero hasta la cabina.

— Ten cuidado — avisó Rubén subido a una rama, a unos metros de la meta

— ¡Ahora!,¿no? —la dulce Chus perdía la paciencia con él

La cabina del avión estaba partida. Entre las ramas y enredaderas que habían crecido alrededor del fuselaje, podía verse un poco del interior del aparato. Chus asomó la cabeza y pudo ver una zona de asientos rotos y descolgados que correspondían a las primeras plazas del avión, y al fondo, la cabina del piloto. Todo estaba enterrado en plantas y ramas, vegetación que se había abierto camino a lo largo de los años, atravesando cristales y demás materiales.

— ¿Ves algo? — Rubén terminaba de subir, sentía gran curiosidad

— Aquí hay mucho follaje Rubén — Chus movía la cabeza a un lado y a otro intentando encontrar algo

— ¿Follaje dices? — El joven regaló una sonora carcajada— No me hagas reír hostia, que me caigo

— Es imposible entrar ahí — Chus bajó la cabeza hacia su amigo — Necesitaríamos quitar toda la maleza, y no tenemos nada para cortar

Rubén torció el gesto, disconforme con la opinión de Chus.

— Yo voy a entrar. Aparta. . .

- ¡Rubén coño baja de ahí! — David chillaba a Rubén que estaba empeñado en subirse al palo mayor.
- ¡Que sí! ¡Por mis huevos que soy capaz de llegar! — Rubén parecía algo bebido
- ¡Que esto no es un velero! — Dijo Jesús — ¡Mejor nos escondemos en los botes salvavidas y acojonamos a los que vayan pasando!
- ¡Ni una idea buena! ¡Ja ja ja!— Carlos pasaba por allí cuando vio a Rubén encaramándose por una de las ventanas de la cubierta de la piscina.
- ¡Porque no nos echamos un mus! — dijo David — ya somos cuatro con Carlos
- Pues va a ser que no — contestó Carlos — voy a echarme una siestecita... que si quiero seguiros el ritmo esta noche...
- ¡Carlos, ya no molas nada! — Dijo Rubén bajándose de la ventana
- Tú también deberías irte a dormir... — dijo Carlos a Rubén
- ¡Yo no soy un *gayer* como tú! ¡Tus genes manchegos deben estar renegando de ti! — contestó Rubén
- Bueno... yo os dejo chicos... luego os veo — Carlos fue andando hacia la zona de camarotes.

David quedó pensando qué podían hacer

- Podríamos buscar a Héctor y José Luis y echarnos un poker descubierta
- Va ser que no — Dijo Rubén — esos dos *retramonguers* han quedado para ir ver al Capitán... para que les enseñe el puente. Tiene que ser divertidísimo aguantar la chapa de un tío de cincuenta años vestido de primera comunión — ironizó

Los tres lanzaron una carcajada al unísono

- pues yo... tío casi te voy a decir que abandono... llevamos ya una semana de un lado a otro sin parar — Dijo Jesús
- ¡Tú también hijo mío! — Dijo Rubén — La tarde es joven

- Pues vas a tener razón — David estaba de acuerdo con Jesús — Cuando volvamos en un par de días leo el proyecto... y todavía no he hecho una puta transparencia
- ¡Vosotros antes molábais! — espetó Rubén — ¡Ale iros a dormir niños, que esto es para mayores!

Jesús y David marcharon en dirección a los camarotes. Rubén se quedó solo en la piscina. Su gesto se tornó serio. Tenía la mirada fija en al agua. De repente comenzó a asentir.

- ¡Se va a cagar la perra! — parecía enfadado.

Rubén se dirigió a su camarote con paso firme. Tenía los ojos inyectados en sangre. Cuando llegó al camarote encontró a su compañero de habitación durmiendo. Intentó no hacer ruido, pero Chema no pudo evitar despertarse.

- ¡Tío, qué haces! — Dijo Chema aún somnoliento con los ojos entornados
- Nada, Sigue durmiendo — Rubén abrió el armario y cogió su mochila.
- ¿Dónde vas con la mochila? — Dijo Chema
- Ya te enterarás — dijo Rubén

Sin dejar que Chema contestara, Rubén salió por la puerta. Chema le ignoró e intentó volver a conciliar el sueño. Rubén se quedó de pie justo delante de la puerta de su camarote. Se agachó y abrió la mochila para asegurarse que contenía lo que buscaba. En efecto, la bolsa estaba llena de unas pastillas de color marrón del tamaño de una cinta de video . En cada una de ellas, en color blanco se podía leer *C-4 Manejar con cuidado*

- Lo dicho, se va a cagar la perra — se repitió para sí Rubén

— o —

Héctor y Pancho llegaron a la playa como alma que llevaba el diablo. Nada mas verlos Toni salió a su encuentro.

- ¿Qué ha pasado? — preguntó Toni — ¿Donde están los demás?
- ¡No lo sé... Ha corrido tras de ellos... a lo mejor se los ha comido... o lo que sea que haga eso! — Dijo Héctor entre jadeos

Toni no entendía nada.

- ¡Un monstruo... un monstruo en forma de humo negro gigante nos ha atacado! — Intentó explicar Pancho
- Humo negro... Un monstruo... ¿De qué narices estáis hablando?

Los chicos empezaron a rodear a Pancho y Héctor para ver qué pasaba

- ¡Vamos por el bosque y de repente apareció una columna de humo que se movía como si estuviera viva — Dijo Héctor
- Alucináis, habéis comido una seta o algo por el camino — Expuso incrédulo Toni.
- Te aseguro que estaba allí. Todos lo vimos — Replicó Héctor y Pancho asintió
- ¿Dónde están los demás?
- Cuando nos empezó a perseguir el humo, nos separamos y Rubén y Chus corrieron hacia el interior de la Isla. Nosotros lo hicimos hacia la playa — Explicó Pancho
- ¡Mierda! lo que faltaba. Ahora Rubén Y Chus perdidos en esta puta Isla. — Toni se desesperaba.
- ¡Tenemos que ir a buscarlos! — La voz de Máriam sonó entre la multitud
- ¡De aquí no se mueve nadie! Y menos si hay un monstruo o lo que sea por ahí dentro — Ordenó Toni señalando al interior de la Isla — Si están bien... volverán
- Pero... no podemos dejarlos solos — suplicó Máriam
- Y ¿Cómo piensas luchar contra el humo negro... , soplando?

Máriam no contestó. Pero sabía cómo podía hacerlo. Necesitaba a Ben.

Había sido una noche dura, durmiendo en la zona de las cuevas para resguardarse del frío, pero al fin regresaban a la playa. Con el amanecer, el grupo de Zoe, David, Álvaro, Ana N., Abel y Alejandro consiguieron encontrar el camino de vuelta al campamento. Llevaban consigo botellas llenas del agua que recogieron del manantial encontrado, aunque eran conscientes de que necesitarían más recipientes para abastecer a todo el grupo. Visiblemente agotados por la larga caminata, dejaron atrás los últimos árboles y respiraron aliviados cuando por fin llegaron a la playa.

— ¡Ya estamos aquí...! — Zoe suspiró contenta

A lo lejos, Claudio, María M., José Francisco y Carlos les vieron aparecer

— ¡¡Chicos!! — gritó Claudio mientras saludaba agitando el brazo

El reencuentro fue distendido. Enseguida mostraron las botellas de agua, ansiosos por contarles lo que habían encontrado.

— Estábamos preocupados — dijo José Francisco — ¡Qué bien que hayáis encontrado agua!

— Sí bueno... — Abel quiso matizar — agua, y dos esqueletos

— ¿En serio? — Dijo Claudio sorprendido

— Bueno pues... nosotros encontramos a sus amigos —intervino María — Hay un cementerio a unos doscientos metros de aquí

— ¡¿Qué?! — Ana N. quedó petrificada

— ¡La virgen, qué isla! — David tampoco daba crédito

— ¿Qué os ha pasado? — preguntó Carlos con interés

— Ahora, ahora... — David quería llegar a la zona de las tiendas para tirarse sobre la arena — Dejad que respiremos cinco segundos

El grupo se dirigió hacia las tiendas, excepto María M., que cambió el rumbo hacia donde se encontraba Ana Belén. La joven estaba sentada sobre la arena, junto a la orilla, contemplando el mar. Su frente estaba vendada pero la sangre de la herida había logrado traspasar tímidamente la gasa. Su gesto era serio, ausente. A lo lejos, Carlos la observó un momento, ella lo advirtió e intercambiaron miradas y sonrisas de cariño. Carlos alzó su mano saludando, y después marchó hacia otra zona de la playa. María se acercó, sentándose a su lado.

- Bienvenida al mundo de los vivos — le dijo en un intento por animarla
- Gracias — respondió Ana reconfortada
- ¿Cómo estás?
- La verdad... siento como si me hubiese pasado un barco por encima — Ana se mostraba dolorida, María hizo una mueca, divertida por el comentario — ¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo hemos venido a parar a esta isla?
- ¿No recuerdas el accidente? — preguntó con interés la joven

Ana Belén quedó pensativa, no sabía qué responder; trataba de buscar en su memoria, pero no había nada. Sólo esperaba despertar de un mal sueño

- ¿Dónde están los demás?
- Ayer Serdula se llevó a Jesús, Enrique, Juan y Guillermo a explorar la isla — informó María — pero aún no han vuelto. Y el resto estamos aquí...
- ¿Nadie más? — dijo una Ana afligida

María negó con la cabeza, igualmente apesadumbrada

- Nacho me ha contado que recobraste la consciencia pronunciando el nombre de Máriam. Que despertaste pronunciando su nombre...
- Es cierto — Ana le confirmó
- ¿Por qué Máriam?
- No lo sé... — la joven trataba de organizar sus ideas
- ¿No sabes por qué dijiste su nombre? — María insistía
- No lo sé María — Ana se agobiaba por momentos
- Trata de recordar por favor — María estaba preocupada por su amiga desaparecida
- Creo que... creo que la vi — dijo con dudas
- ¿La viste en el barco? — María interrogaba, temerosa con cada respuesta

— No —sentenció al fin Ana con rotundidad— La vi en la isla.

María cambió el gesto, aturdida. No esperaba esa información. La miró con incredulidad mientras Ana Belén giraba la cabeza hacia el interior de la selva, abstraída por algún pensamiento.

— o —

La misteriosa aparición de esa columna de humo negro, y la desaparición de Rubén y Chus minaron la moral del grupo. Sin embargo, Máriam se sentía silenciosamente emocionada por su nuevo amigo Ben. No entendía por qué, pero sabía que podía confiar en él.

Máriam pensaba que Ben podría ayudarlos. Primero, protegiéndoles o al menos, ayudarles a evitar a ese extraño monstruo, y segundo, ayudarles a encontrar a los dos amigos perdidos. Es por esto que decidió salir en su busca. No sabía dónde podría encontrarlo, pero pensó que si lo buscaba, él la encontraría.

Máriam se adentró en la selva sin miedo. Estaba segura que no había nada que temer. Ben la protegería. Empezó a buscar por el bosque de árboles frutales, donde le encontró la primera vez. Caminó por la zona con la esperanza de que él la viera. Pasaba el tiempo y Ben no aparecía. Se decidió a avanzar sin rumbo fijo. Ni siquiera pensó que podría perderse.

Tras prácticamente una hora vagabundeando hacia el interior de la Isla, Ben apareció en un claro. Vestía igual que la última vez. En medio de un claro, quieto, con la mirada puesta en Máriam, como si estuviera esperándola pacientemente. Máriam se alegró de encontrarlo, Y apretó el paso.

— Me alegro de verte María Amparo — Dijo Ben con media sonrisa en la boca

— Hola Ben, ¿Me estabas esperando?

— Si hubiese sabido que me buscabas ...no habrías tardado tanto en encontrarme — Contestó Ben — Sin embargo, al pasar por aquí, supe que venías hacía mí

— Necesito tu ayuda, Ben — Pidió Máriam

— Por supuesto — Ben abrió su sonrisa — ¿Qué puedo hacer por ti?

— Verás... — Comenzó Máriam — Hemos encontrado otro habitante en la isla...

Ben frunció el ceño interesado

- ¿Otro habitante?
- Si... , Es difícil de explicar... quizá me tomes por loca— Máriam se sintió sonrojar.
- No te preocupes María Amparo — Dijo Ben comprensivo — A veces en esta isla las cosas no suceden como se supone que deben hacerlo. Cuéntame sin miedo.
- Resulta que unos amigos encontraron en la selva una extraña columna de humo negro que les atacó — Expresó Máriam— Tenemos miedo.
- ¿Una columna de Humo Negro dices? — Dijo Ben — No te preocupes, Smokey no te hará daño. No tiene nada contra vosotros.
- ¿Smokey? — Preguntó Máriam — ¿Conoces a esa cosa?
- Yo, al menos le llamo así — Respondió Ben con una sonrisa divertida — Y sí, le conozco muy bien, no os hará nada malo.
- Pues dos de mis amigos no han aparecido. — Explicó Máriam — Y ese tal Smokey les perseguía
- Rubén y Chus están bien — contestó Ben — pronto volverán al campamento.

Máriam miró a Ben confusa. Sentía un contenido temor porque ese hombre conociera sus nombres. De repente, pensó que quizás el podría saber algo de Guillermo.

- ¿Ocurre algo más? — preguntó Ben — Hasta hora sólo te he dado buenas noticias.
- Es que... — Máriam bajó la cabeza visiblemente nerviosa — Pareces saber mucho sobre la isla y sobre nosotros... ¿Nos conoces a todos? ¿Sabes qué le ha ocurrido a cada uno de mis amigos?

Ben sonrió, se acercó a Máriam y apoyo la mano suavemente en su hombro, comprensivo.

- Él está vivo, María Amparo — Dijo mientras clavaba sus claros ojos en los ojos de Máriam — Guillermo está bien, y, si quieres, yo puedo llevarte con él. Pero deberás confiar en mí

Márium se acercó a Ben reconfortada.

— ¿Es cierto lo que dices? ¿Dónde está? — Márium estaba feliz

— Sígueme y te lo mostraré

Ben comenzó a andar hacia el interior de la Isla, Márium dudó un momento, pero finalmente decidió acompañarle, ansiosa por reencontrarse con Guillermo; ambos se perdieron entre la maleza

— o —

En la otra parte de la isla, Ana Belén terminaba de preparar un pequeño macuto en el que guardó, entre otras, una camiseta y una botella de agua. Nacho se acercó desde la zona de las tiendas

— Hola. ¿Qué haces? — preguntó simpático

— Voy a dar una vuelta. Necesito caminar

— No, no — al médico no le gustaba la idea — Aún no estás recuperada. Lo que necesitas ahora es descansar

— Será un paseo corto, te lo prometo — Ana estaba decidida a irse

— De eso nada — Y Nacho no estaba dispuesto a ceder — Has tenido un trauma muy serio, debes quedarte cerca por si recaes

— Pero... enseguida vuelvo Nacho

— Que no Ana, que no...

Nacho no pudo acabar su frase. Unos gritos lejanos les alarmaron. Tanto ellos como el resto de compañeros de la playa vieron llegar del interior de la selva a Serdula y Juan. Éste último chorreaba sangre mientras lanzaba unos terribles gritos de dolor.

— ¡¡Ayuda!! — Serdula se desgañitaba pidiendo la atención de los demás

Todos corrieron a su encuentro preocupados.

— ¿Qué ha pasado? — Gritaba Nacho mientras corría hacia ellos

— ¡Nos han atacado! — Serdula hincó las rodillas en el suelo, agotado por llevar a Juan agarrado a su hombro hasta la playa

El grupo atendía horrorizado. Claudio, Alejandro y Álvaro se agacharon a recoger a Serdula, que también sangraba por la herida de su pecho. Nacho, José Francisco y Zoe se arrodillaron junto a Juan para socorrerle. Juan llevaba un torniquete en el hombro que le salvó de desangrarse durante el tedioso viaje de vuelta. Todos se echaban las manos a la cabeza, contemplando la escena y preguntando una y otra vez qué había ocurrido.

Mientras, desde la orilla, Ana Belén atendía con el mismo gesto serio, inmutable. Aprovechó el momento para tomar su macuto, darse media vuelta y alejarse en dirección a la selva.

— ¿Pero qué os ha pasado? — Abel estaba muy asustado, al igual que el resto

— ¡Mi maletín! — reclamó Nacho a José Francisco — ¡Rápido!

Jose echó a correr hacia las tiendas para buscarlo.

— ¿Quién os ha hecho esto? — María M. tampoco daba crédito. Veía con horror como Juan se retorció en el suelo, llorando por el intenso dolor

— ¡Nos ha atacado un oso! — Serdula estaba fuera de sí

— ¿Perdona? ¿Un oso? — exclamó Ana Navarro con estupor — Yo no vuelvo mas ahí dentro

— ¡Un oso! — Serdula no podía mantener la calma — ¡Un oso polar!

El desconcierto general iba en aumento. Todos se miraban entre sí, sin entender nada. Carlos agarraba a Juan con cuidado, tratando de calmarle, mientras intentaba procesar las palabras de Serdula.

— ¿Dónde están los demás? — preguntó alarmado David a un Serdula que trataba de recobrar el aliento

— ¿No han vuelto...? — dijo entonces Serdula contagiando la angustia al resto de compañeros.— No se nada de ellos desde que nos atacó el oso.

Los chicos deambulaban junto a la tienda de Nacho muy preocupados por el estado de Juan. En el interior de la *enfermería* el médico atendía al

joven malherido por la amputación del antebrazo. El grupo aguardaba fuera, oyendo los gritos desgarrados de Juan. De repente dejó de chillar, y los muchachos temieron lo peor. La voz de Nacho les tranquilizó

— Ha perdido el conocimiento — les dijo sin salir de la tienda

— Pobre... — Zoe estaba muy angustiada por su amigo

Mientras tanto, también el exterior, Claudio, Ana N. y Abel mantenían echado a Serdula y le curaban la herida provocada por el zarpazo del oso. Por fortuna, el animal no había logrado hincar en profundidad sus garras, aunque el joven sentía que le ardía el pecho.

— Esto te va a doler un poco — dijo Abel escurriendo un trapo en un recipiente de agua salada y pasándolo con cuidado sobre la herida

— ¡¡Ahhh...!! — Serdula apretaba los dientes pero escocía demasiado-
¡¡Dioss...!!

— Vamos aguanta, que sólo es un rasguño — Claudio trataba de animarle — Como si te arañase un gatito

— Un gatito, sí... — Álvaro estaba alucinando — Un gatito que se ha comido a nuestros colegas

El grupo le miró con un gesto de desaprobación, pese a compartir el mismo temor por Jesús, José Enrique y Guillermo. Alejandro se inclinó hacia Serdula, intentando aclarar lo sucedido

— ¿No viste hacia dónde huyeron?

— Echamos todos a correr, cada uno hacia una punta. Yo qué coño sé... — Serdula no podía pensar, la sal en la herida abierta le estaba destrozando

— Pues habrá que ir a buscarlos — Dijo David con decisión

— ¿Habéis pensado qué vamos a hacer si ese oso nos encuentra aquí en la playa? — Ana estaba inquieta — ¡Claro! contando con que sólo haya un oso polar en esta jodida isla

Mientras el grupo discutía, Carlos intentaba ordenar sus pensamientos. Tras unos segundos, miró a su alrededor y cayó en la cuenta

— Un segundo... ¿Dónde está Ana Belén?

Los chicos guardaron silencio buscando con la mirada.

— ¿Alguien la ha visto? — Insistió Carlos

— Hablé con ella hace un rato, estaba junto a la orilla — informó María M.

Nacho salió un momento de la tienda para aclararlo

— Creo que se ha ido — dijo el doctor mientras se limpiaba con un trapo las manos manchadas de sangre — Por lo visto no me ha hecho caso

— ¿Cómo? — Carlos no daba crédito — ¿Qué se ha ido a dónde?

— Dijo que necesitaba dar un paseo — prosiguió Nacho mientras volvía junto a Juan — Creo que se fue hacia el interior, siguiendo la línea del mar

— ¡¡Joder!! — Carlos estaba enfadado — ¡Hay que ir a buscarla ahora!

— ¿En qué coño estaría pensando esa chica? — José Francisco no entendía nada — Irse sola...

— ¡Me voy a buscarla ya! — dijo Carlos contundente

— Conmigo no contéis esta vez — Serdula se retorció en el suelo

— Yo voy contigo — Claudio se incorporó envalentonado

— Yo también — dijo Zoe

Los demás callaron y desviaron la mirada. El miedo a lo desconocido y a los peligros que podían acechar les hacían comedidos.

— Yo creo que... con el poltergeist de ayer tuve suficiente — Ana N. no estaba dispuesta a volver a la selva

— Pues necesitaríamos a alguien más — protestó Zoe — ¡Vaya expedición de mierda!

— ¿Alguien ha dicho expedición? — profirió a lo lejos Guillermo apareciendo del interior del bosque junto a Jesús y José Enrique — ¡Me apunto!

— ¡Guillermo! — exclamó María contenta

Todos sonrieron aliviados al ver llegar sanos y salvos a sus amigos. Fueron a su encuentro, David y Jesús se abrazaron, y Claudio abrazó a José Enrique.

- ¡No vais a creer lo que nos ha pasado! — Jesús estaba ansioso por contar, pero enseguida vio a Serdula tendido en el suelo y aventuró que ya lo sabían — Quillo, ¿estás bien?
- Lo peor se lo ha llevado Juan — informó Abel
- Y encima ahora Ana Belén ha desaparecido — añadió David
- A ver, a ver, vamos por partes — Guillermo estaba perdido
- No hablemos de partes chicos... que Juan ha vuelto ligero de equipaje — dijo Álvaro
- ¿Como puedes bromear en un momento como este? — María reprendió a Álvaro
- ¿Pero de qué estáis hablando? — José Enrique tampoco entendía nada. Se acercó a la tienda de Nacho asomándose con cautela, y entonces vio la dantesca situación — ¡¡Hostia!! ¡joder, joder...!
- ¿Qué le ha pasado a Juan? — Jesús estaba terriblemente alarmado, intentó entrar también, pero sus compañeros le frenaron
- ¡Vamos a centrarnos, coño! — Carlos perdía la paciencia — Me llevo a Claudio y Zoe a buscar a Ana Belén. A ver, María, y tu Alejandro, ¿Nos acompañáis?
- Vale — respondió una María reticente — La verdad es que estoy inquieta. Antes estaba rarísima, con lo de Máriam y...
- ¿Máriam? — dijo Guillermo con sorpresa
- Ana Belén me dijo que creyó haberla visto en la isla — aclaró María M.

Los nervios de Guillermo afloraron en un momento.

- Voy con vosotros — El joven estaba decidido a averiguar el misterio
- ¡Pues ale! Démonos prisa — Alentó Carlos iniciando la marcha
- Tened cuidado chicos — Serdula les despidió mientras quedaba al cuidado de Ana y Abel

El grupo empezó a alejarse, no sin antes coger un par de mochilas y llenarlas con botellas de agua. Guillermo, que cerraba el grupo, se giró un momento hacia Jesús y José Enrique con los que había compartido la última experiencia

— ¡Equipo...! — se despedía afectuoso

Los chicos le miraron, se miraron un momento entre ellos, y después decidieron unirse a la expedición.

— Algo me dice que nosotros tenemos que estar juntos —Jesús quería transmitir seguridad— Y ya tenemos experiencia con los bichos del ártico

El grupo de 9 formado por Carlos, Zoe, Alejandro, Claudio, María M., Jesús, Guillermo y José Enrique se adentraron en la selva en busca de Ana Belén. En la playa quedaron Nacho, Juan, Serdula, Abel, José Francisco, Ana N., David y Álvaro.

— o —

En el otro grupo, Gema, Héctor, Manolo, Mari Carmen y Raquel terminaban de acondicionar la nueva despensa, en la que iban colocando los víveres de la caja *encontrada* por Máriam. Mientras, Laura se ocupaba de hacer un rápido inventario, anotando en unas hojas de periódico rescatadas del naufragio. Mari Carmen alzó un momento la vista, justo para ver llegar a Chus y Rubén

— ¡Han vuelto! — exclamó con alegría

El grupo les buscó rápidamente con la mirada, al igual que el resto de compañeros que andaban cerca.

— ¿Dónde os habéis metido? — preguntó Héctor aliviado al fin

— ¿Estáis bien chicos? — Pancho parecía intranquilo

— Sí, sí — Chus agradecía las muestras de preocupación — Es una larga historia, pero hemos vuelto sanos y salvos.

— Héctor y Pancho nos han contado lo del monstruo de humo — dijo Chema aún desconcertado — ¿Es cierto?

— Parece ser que sí — afirmó rotundo Rubén — No sé qué cojones era eso... pero el caso es que lo vimos, y no parecía muy amistoso

— ¿Por qué habéis tardado tanto en volver? — preguntó Sandra mientras abrazaba a Chus

— Encontramos algo más... — respondió Chus

— ¿Qué encontrasteis? — Pili sentía gran curiosidad

Rubén y Chus se miraron un momento, y guardaron un silencio inquietante.

— ¡Vamos chicos! Contadnos — María E. perdía la paciencia

Permanecieron callados, se les veía realmente incómodos

— ¡No me jodas! ¡Dejaos de intrigas! — dijo un nervioso Pablo

— Cada cosa en su momento... — Rubén por fin habló, mientras seguía mirando a Chus

— ¿Pero qué os pasa? — Chema no entendía nada

Chus se fue hacia la zona de las tiendas acompañada de las chicas. Necesitaba descansar. Rubén se abrió paso entre los demás, y caminó pausadamente hasta la orilla del mar. Quería estar solo; con las manos en los bolsillos, quedó de pie, en silencio, contemplando el horizonte. El grupo se miraba con desconcierto

— No entiendo nada — Toni se sentía confuso

— Mírale — señaló José Luis a Rubén — Ahí se ha quedado...

— Está en modo *reflexión* — aclaró Pancho

En ese momento ellos no veían su cara, estaba de espaldas a ellos, pero el gesto imperturbable de Rubén dejaba percibir una enorme tensión.

— o —

Rubén cerró la mochila y se la colgó al hombro. Intentando no hacer ruido, bajó las escaleras en busca del sitio idóneo.

Un golpe en la espalda le despertó de su letargo.

- ¿Dónde vas con la mochila? — Claudio, que se dirigía a la piscina con bañador y una toalla, asustó a Rubén.
- ¡Joder, tío que susto me has dado! — Rubén se puso la mano en el pecho.
- Algo malo estarías pensando hacer — Dijo Claudio sin dejar de pintar una sonrisa en su cara.
- Sí, voy a volar el barco — Dijo Rubén correspondiendo la sonrisa de Claudio — llevo aquí cinco kilos de explosivos. ¡Por fin os voy a matar a todos! ¡ja ja ja!
- Vale, pues me voy a pegar un bañito antes — contestó Claudio — Quiero estar presentable en el mas allá ¡ja ja ja!

Rubén sonreía mientras Claudio iba hacia la piscina.

- Eso... corre... corre... báñate — Rubén tenía una diabólica sonrisa en la cara

Tal y como había planeado durante esas dos semanas en el barco, Rubén continuó bajando escaleras hasta llegar a la cubierta tres. Las gamberradas que había realizado le habían dado una excusa ante todos para conocer perfectamente el barco, y cuál era el mejor sitio para ejecutar su venganza. Rubén tenía todos sus movimientos calculados desde hace tiempo. Fingir su borrachera fue de gran ayuda para no levantar sospechas entre sus compañeros.

Una vez en la cubierta tres, se acercó a la sala de mantenimiento con sumo cuidado. La entrada a la sala de máquinas era una escotilla que bajaba directamente de la cubierta dos. Para acceder a esa escotilla era necesario cruzar la sala de mantenimiento. Los operarios siempre estaban dentro, incluso dormían allí. Sin embargo, Rubén había estudiado sus movimientos y sabía que en aquel preciso instante estarían descansando en los catres.

Rubén cruzó sin dificultad y se encontró de cara a la escotilla de acceso. No estaba cerrada con llave, los operarios nunca lo hacían. Sin embargo, un sensor de luz en el mostrador indicaba cuando se abría. El joven abrió la puerta con cuidado y se coló dentro. Para llegar a la sala de máquinas principal, habría de bajar una escala y recorrer tres habitaciones llenas de botones y marcadores que apenas comprendía.

Rubén entró en la sala y soltó la mochila de su espalda. La dejó en el suelo. Comenzó a armar el C-4 instalando el detonador. La detonación sería por tiempo. Clavó un par de electrodos en el explosivo plástico y la

cerró dejando los cables colgando hacia fuera. Seguidamente conectó los cables al temporizador. Se daría unos minutos, suficientes para subir a un bote salvavidas y huir de ese barco abocado al hundimiento. Tras escribir el número en el temporizador, pulsó el botón y la cuenta atrás comenzó a correr. Rubén se dedicó unos segundos a contemplar su obra.

— ¡A la mar, calamar! — Rubén se despidió de la bomba

A continuación empezó a recorrer las salas previas. Se encontraba sumido en sus pensamientos cuando, de repente, comenzó a escuchar voces en la sala de mantenimiento que estaba justo sobre su cabeza.

— Pedro, ¡Te has vuelto a dejar abierta la escotilla de la sala de máquinas!
¡El capitán te va a meter el timón por el culo esta vez, y a mí me despedirá por ir perdiendo las llaves!

— ¡No jodas tío! — contestó otra voz

Rubén cayó en la cuenta, se había dejado la puerta de la escotilla abierta, y por desgracia, habían visto el sensor del mostrador de mantenimiento. Rubén se quedó sin aliento. Un chirrido de colchón viejo seguido de unos pasos que se dirigían hacia la escotilla se oyeron por encima de su cabeza. Rubén se temió lo peor. Aquel la hombre cerró con fuerza y pasó la llave

— ¡Mierda! — Rubén no pudo reprimir un gesto de desaprobación

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza . Tenía que salir de allí y no le quedaba mucho tiempo. Pasaron unos minutos hasta que cayó en la cuenta. La sala de maquinas compartía orificio de ventilación con la sala del SPA que estaba en la cubierta inmediatamente superior. Pensó que podría salir por allí. Rubén no sabía el tiempo que le quedaba, pero tampoco se paró a pensarlo, huyó en dirección hacia el orificio de ventilación, abrió la rendija con el destornillador que había usado para armar la bomba y comenzó a subir por una escala que era utilizada para el mantenimiento. Entonces empezó a oír ruido de agua y risas.

— No puede ser, el SPA está cerrado por mantenimiento — Se dijo a sí mismo Rubén

Rubén se acercó a la rejilla y alcanzó a ver a Raquel y Juan a través de él, jugueteando en el jacuzzi del SPA.

— ¡Mierda! — Un grito de rabia le salió a Rubén sin pensar

— ¡Qué ha sido eso! — Raquel se asustó .

Rubén se lamentaba en silencio, cuando, de repente, se dio cuenta de que un extraño silbido muy agudo le envolvía y retumbaba en los oídos. Parecía no ser el único en oírlo: Raquel asustada se había levantado y vestido.

De repente algo fuerte como una explosión se oyó, y un golpe de aire empujó a Rubén que hizo saltar la rejilla cayendo en la habitación del SPA. La explosión había abierto un agujero en la pared. El agua entraba con violencia, y con ella una cegadora luz que aumentaba en intensidad del mismo modo que lo hacía el ensordecedor pitido que les envolvía.

Aquello fue lo último que recordó Rubén

— o —

Ajena al grupo formado en su búsqueda, Ana Belén avanzaba por la selva con determinación con su mochila a la espalda. Sus sentimientos eran contradictorios. Había abandonado a sus compañeros en un momento de crisis, pero el sentimiento que aquel entorno le provocaba era muy extraño. Ana Belén se sentía llamada por la isla.

Se detuvo unos segundos para examinar su posición, y después prosiguió la marcha sin dudar. Parecía totalmente concentrada en sus pensamientos, no cabía la incertidumbre en su paso firme. Se llevó la mano a la frente vendada en un signo de molestia. Volvió a detenerse un momento, esta vez para beber agua y escuchar con atención los sonidos de la selva, los sonidos de los animales y de la vegetación. Miraba continuamente a su alrededor, empapándose del paisaje.

Aquel entorno le desconcertaba, por algún extraño motivo, lograba orientarse en aquel inhóspito lugar. Era como si como si supiera donde tenía que ir en cada momento, como si fuera la propia isla la que le guiase.

Tomó un sendero aún más frondoso cuando, de repente, un ruido la sobresaltó. Se giró bruscamente, sintiendo la presencia de alguien. Buscó a su alrededor con la mirada, pero no vio nada. Retomó la marcha cuando, de nuevo, escuchó algo: una rama se partía como si la pisaran. Ana volvió a girarse y tampoco había nadie. Decidió proseguir abandonando la zona más frondosa su desconcierto se transformó en inquietud.

La selva se hacía cada vez más grande para Ana Belén, agotada de caminar sin rumbo aparente. Se detuvo y volvió a tocarse la herida de la cabeza. Estaba aturdida y el dolor de cabeza iba en aumento. Ya no

estaba segura de encontrar el trayecto de vuelta a la playa. Pensó en sus sentimientos, pensó que aquel sentimiento de llamada debía haberse producido por el traumatismo sufrido en la cabeza. Se maldijo por no haber hecho caso a Nacho. Decidió deshacer el camino cuando, al dar media vuelta, encontró un obstáculo inquietante.

Cerca de su posición, un hombre joven de unos 30 años la observaba entre unos arbustos, a una distancia prudente. Aquel hombre, tenía el pelo castaño, algo rizado, vestido con ropas desgastadas de un extraño tejido parecido al lino. El joven que la había estado siguiendo estaba plantado frente a ella, a unos diez metros de distancia, mirándola con atención. Ana pegó un bote y retrocedió unos pasos asustada mientras se llevaba la mano al pecho. El muchacho la observaba muy serio, sin decir palabra, y ella era incapaz de reaccionar. A lo lejos, una voz les sobresaltó

— ¡¡Ana!! — Carlos y su grupo la buscaban. Ella no podía verles, pero las voces se oían cerca — ¡¡Ana!!

— ¡Aquí! —gritó Ana con resolución tratando de que la localizaran rápidamente

No tuvo tiempo a más. El joven sacó de su cinturón una pistola y disparó a Ana al cuello, clavándole un dardo tranquilizante que la derribó al instante.

Segundos después apareció a la carrera un veloz José Enrique seguido del resto de amigos. Inmediatamente descubrieron a Ana tumbada en el suelo, pero no tuvieron tiempo de reaccionar; una lluvia de dardos impactaron en todos ellos, sin posibilidad alguna de zafarse. Estaban rodeados, y fueron cayendo uno a uno. Una vez derribados e inconscientes, salieron de su escondite seis personas acompañadas del joven que capturó a Ana. Armados e igualmente vestidos con ropas viejas, permanecieron de pie observando a sus presas con gesto inquietante.

— o —

Álvaro y José Francisco se afanaban en su tarea de pescar sin mucho éxito. Prácticamente, se habían tirado tres horas sin conseguir ningún resultado. De repente la caña de José Francisco se empezó a tensar. Álvaro y Jose empezaron a saltar pensando que por fin habían pescado algo.

— ¡Tira Jose! — Dijo Álvaro eufórico.

— ¡Ya lo hago! ¡Este cabrón pesa un quintal! —

Álvaro se puso a tirar con él. Pero aun así pesaba demasiado. Temían romper el anzuelo o la cuerda. Al final, Álvaro se tiró al agua para atraparlo.

— ¡Mierda, sólo es una mochila! — Dijo Álvaro desencantado.

— En fin, ya que la tenemos veamos que hay en ella. . . — Dijo Jose

Jose se dispuso a abrir la mochila. Cuando lo consiguió, sus ojos no podían creer lo que veían.

— ¿Qué pasa tío? — Dijo Álvaro extrañado al ver la cara de asombro de Jose mientras salía del agua

Álvaro se acercó y vio en su interior unas pastillas en las que se podía leer *C-4 Manejar con cuidado*

— ¡Qué coño es esto! — Exclamó Jose que se puso blanco como la pared

— ¡Explosivos! — Dijo Álvaro — No puede ser...pero..., pero ¿Así ocurrió el accidente? ¿Hemos sufrido un atentado?

— Desde luego, no con éstos... éstos no han explotado... Eso sí... , estaba preparado para hacerlo. Estos cables debían de estar conectados a un detonador. — explicó Jose

— ¿Quién ha podido ser el hijo de puta que llevaba esto? — Se preguntaba Álvaro

— No lo sé.

— o —

Mientras tanto, Máriam continuaba siguiendo a Ben. Ben miraba siempre fijamente el horizonte. Caminaba de forma segura y directa. Se notaba que conocía la isla perfectamente.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí? — Preguntó Máriam a Ben. Ella intentaba conocer más a Ben

Ben sonrió y miró Máriam sin reducir el paso

— Mucho tiempo... llegué siendo apenas un niño — respondió Ben — pero aquí el tiempo no importa

— ¿Y cómo llegaste aquí?

— Mi padre trabajaba en esta isla. Yo me vine con él. — contestó Ben

— Entonces, ¿hay más gente en la isla... y sabrán salir de ella!

— Ojalá fuera tan fácil, María Amparo — Ben cortó las alas de Máriam — no queda ninguna de las personas que trabajaban con mi padre.

— ¿Qué pasó? — preguntó inocente Máriam

— *Los Hostiles* los mataron — Dijo Ben fríamente

— ¡¡Los mataron!! ¿Los Hostiles? — Máriam abrió mucho los ojos — Me estás asustando

Ben paró de repente y miró a los ojos de Máriam y colocó la mano sobre su hombro

— No tienes por qué preocuparte, María Amparo — Ben tenía una cálida sonrisa en su boca — ellos no te pueden hacer daño. Yo te protegeré

Máriam se sintió protegida y el miedo desapareció

— ¿Tienes familia? — Máriam seguía sintiendo curiosidad por aquel hombre.

— Mi padre murió durante el ataque de los hostiles. Mi madre murió mientras daba a luz, así que no la conocí. Tenía una hija, pero la mataron delante de mí — A Ben se le encendieron los ojos

— Qué triste — Máriam estaba conmovida — no debí haber preguntado

— No te preocupes, María Amparo, ahora es agua pasada— Ben le intentó quitar hierro, pero no sonrió.

Máriam decidió mantener silencio durante todo el camino. Tras un buen rato andando encontraron un pozo de piedra en un claro del bosque.

— Hemos llegado — Sentenció Ben

Máriam echó un vistazo al pozo. No parecía tener fondo. No entendía muy bien aquello

— ¿Qué es esto? — Máriam estaba muy confusa

— Es una puerta María Amparo. Es la única manera de llegar a donde está Guillermo. — Respondió Ben

Máriam miraba a Ben sin saber qué decir ni qué hacer. Ben no tardó en despejar sus dudas.

— Estás seguro de que Guillermo está ahí dentro — Máriam no estaba del todo convencida

— Este pozo es especial. Si no me crees, asoma la cabeza y escucha — ordenó Ben

Máriam hizo lo que Ben había dicho. Oyó un extraño crepitar al fondo del pozo.

— ¿Qué se supone que es eso? — Máriam estaba asustada.

— María Amparo, Guillermo está en la otra parte de la Isla. No podrás llegar si no pasas por aquí. — Explicó Ben

— ¿Se supone que tenemos que bajar ahí abajo?

— María Amparo, yo no te puedo acompañar ahí abajo. Solo tú puedes hacerlo — Ben mantenía un rictus serio — Es la única manera de que te encuentres con Guillermo.

— No entiendo

— Confía en mí — Insistió Ben paciente

— ¿Y cómo voy a bajar? — Máriam miraba en busca de una escalera

— Tendrás que saltar

— Será una broma — Máriam miró a Ben aterrorizada

— Es el único modo. — Ben miraba a los ojos a Máriam

Máriam, resignada, se subió al borde del pozo. Miraba a Ben que asentía, animándola. Ella cerró los ojos y se dispuso a saltar.

— No puedo Ben. . . No puedo — Dijo Máriam nerviosa

— Lo siento, María Amparo

En ese instante, Ben aprovechó para empujarla dentro. Un alarido de horror se oyó mientras Máriam caía dentro del pozo. Ella miraba a Ben asustada, mientras Ben no cambió un músculo de su cara. En un segundo, Máriam desapareció de la vista de Ben. De repente, un fuerte sonido metálico sonó desde el interior. Ben se asomó y vio una mota de luz subiendo lentamente. Tomó la mota de luz incandescente, atrapándola en una cápsula del tamaño de una canica.

Ben sonrió y se guardó la luminosa cápsula en el bolsillo. Tras lo cual desapareció caminando hacia el interior del bosque.